

## MARIO GARCÉS SANAGUSTÍN



(Jaca, 1967). Es autor de más de setenta libros y publicaciones jurídicas, irrumpiendo en el panorama literario en 2013 con *Relatos desde el avión* (Ediciones Mira). Posteriormente participa en el libro *En la frontera* (Editorial Almuzara, 2014), dándose a conocer al público en general con su obra *Episodios extraordinarios de la historia de España* (Ediciones B, 2015), que cosecha una gran crítica. Interventor y auditor del estado e inspector de Hacienda de profesión, ha ocupado diferentes cargos a lo largo de su vida administrativa, entre otros, como asesor del presidente del Gobierno (2000-2004), consejero de Hacienda y Administraciones Públicas del Gobierno de Aragón (2011), secretario de Estado-Comisionado para la reconstrucción de Lorca (2011) y subsecretario del Ministerio de Fomento desde 2012, cargo que en la actualidad sigue desempeñando. Ha sido además profesor de sistema fiscal de la Universidad de las Illes Balears y profesor de Derecho administrativo de la Universidad Carlos III de Madrid, además de presidente de la Corporación Pública Empresarial de Aragón, consejero de administración de RENFE y consejero de administración de SEPI. Recientemente ha sido nombrado académico de la Real Academia Española de Legislación y Jurisprudencia. Despliega en sus obras ingenio, emoción y un manejo del lenguaje virtuoso que sumergen al lector en una experiencia narrativa única.

$$D = \frac{1}{\epsilon} \frac{1}{l} \frac{d\epsilon}{dt} = \frac{1}{\epsilon} \frac{1}{P} \frac{dP}{dt}$$

$$D^2 = \frac{1}{P^2} \frac{P_0 \cdot P}{P} \sim \frac{1}{P^2} (1a)$$

$$D^2 = \frac{KP}{\beta} \frac{10 - P}{10} \sim 1/KP \epsilon$$

$$D^2 \sim 10^{-13}$$

$$f \sim 10^{-16}$$

$$R \sim 10^{-2}$$

$$k \sim 10^{20} (10^{11})$$

## EINSTEIN EN ZARAGOZA

El 12 de marzo de 1923, Albert Einstein llegó a Zaragoza en el rápido de Madrid. Impartió dos conferencias en el Paraninfo de la Facultad de Medicina ante un público entusiasta y entregado...

«Si algo nos consuela es el espectáculo que han ofrecido muchas gentes, interesadas, intrigadas por las teorías del sabio. Manotean como ciegos en el vacío. Pero ese mismo manoteo, ¿no indica que apetecen luz, que la ambicionan, que la buscan?» (Heraldo de Aragón, 14 de marzo de 1923).

A primera vista, Zaragoza era una ciudad recia, señorial y provinciana, pues no hay mayor halago que llamar pueblo al pueblo y provincia a la provincia. Para entonces, la ciudad padecía el trastorno de la equidistancia geográfica, a mitad de camino entre Madrid y Barcelona. Y demostrado ésta que no hay mayor afección ni patología que hallarse a medio camino de dos realidades a las que, según la estación del año o la fuerza del viento del Moncayo, se pueden admirar o detestar. Que no en vano atraviesa un meridiano por las proximidades de la ciudad, al este Barcelona y al oeste

Madrid, de modo que hay veces que los zaragozanos acarrean alma mediterránea, por mucho que el salitre no sea más que fina arcilla y las gaviotas, palomas en cinta sobrevolando las iglesias de la ciudad, y, en otras ocasiones, se repliegan en su esencia de pueblo interior, de desierto mesetario y de tierra de reconquista. Quedaría en vulgar anécdota si no fuera porque la equidistancia física ha hecho de la ciudad también un perpendicular, así frunce el Ebro y su ribera como una tangente, porque al fin y al cabo, la ciudad no es más que la razón entre el cateto opuesto y el adyacente, o la relación pura entre el seno y el coseno. Zaragoza presenta a su adyacente, Madrid o Barcelona, a conveniencia, con la ventaja de hallarse en el medio, de la misma suerte que cateto puede ser una u otra ciudad según los albures del cielo o las plegarias de las autoridades de la plaza. Y a esa primera visión de una ciudad recia, señorial y provinciana se entregó Albert Einstein cuando se apeó del tren.

En el andén esperaban, con agitada ansiedad y hasta con devoción mariana, el gobernador civil, el alcalde, ambos Fernández, que de casta le viene al galgo el apellido en Aragón, el rector de la Universidad Ricardo Royo-Villanova, el cónsul alemán Freudenthal, el químico Antonio de Gregorio Rocasolano y el físico Jerónimo Vecino, amén de un grupo informe de curiosos y «parvenus», todos encantados de haberse conocido y, al paso, de conocer a tan insigne invitado. El que más y el que menos sabían que ese era un momento histórico y que, con independencia de la luz que pudiera alumbrar las mentes de esos prohombres, nadie podría borrar esa huella en las biografías de cada uno de ellos. Einstein descerrajaba un francés primario, del que execraría cualquier paisano del otro lado de los Pirineos, idioma que utilizaba en su parquedad y simplismo en las conferencias que impartía por toda Europa. «Parvenus», pensaba el físico, cuando recordó que en Madrid una vendedora de castañas lo había reconocido por la calle al grito

de «¡Viva el inventor del automóvil!». Tenía la sensación, por otra parte trepanada por su laboriosa esposa Elsa, que entre su francés pírrico y su incognoscible y hermético método para explicar sus teorías, no había cristiano en estas tierras españolas que entendiera nada de cuanto pronunciase. En este pensamiento abstruso y decadente cayó en la cuenta que se estaba convirtiendo en una celebridad, pero más por su imagen casi icónica, que por sus teorías científicas. Y apurando ese razonamiento concluyó que no era del todo inconveniente que así fuera, pues la ciencia debe abrirse paso incluso desde la notoriedad y la gloria, aunque solo sea por renombre y no por conciencia. De hecho, escapaba a la razón pura más exigente, que la teoría de la relatividad pudiera tener una aplicación práctica para los coterráneos que transitaban por esas calles.

Para los ojos generosos de sus huéspedes, Einstein se presentó como un hombre proceroso, de larga pelambrea distribuida sobre una crencha gris tras la que se abría una poderosa frente, al uso de músicos como Mozart o Beethoven. El mostacho negro capado a navaja daba pórtico a una boca carnosa y encarnada, un trazo de su fisiología que no casaba con su genealogía teutona. Sobre el diámetro del conjunto arbitrario que formaba su rostro, los ojos eran vivarachos y perspicaces, abiertos a aprehender el mundo entero, acostumbrados como estaban a explorar el infinito. En su conjunto, presentaba cierta desidia en el atuendo y en las formas, pero no era un desgaire presuntuoso ni insolente, bien al contrario, mostraba una proximidad que llamaba a la indulgencia de quienes lo veían.

Al paso de la comitiva se abría camino la ciudad, y repentinamente se cruzó en el pensamiento del científico un artículo que había escrito en 1905 titulado «Sobre el movimiento de pequeñas partículas suspendidas en un líquido estacionario, requerido por la teoría cinético-molecular del calor», al abrigo de las teorías de Robert Brown, quien había

observado el movimiento continuo y aparentemente aleatorio de las partículas en suspensión. Einstein había desarrollado esa tesis intentado demostrar empíricamente las leyes que gobiernan el movimiento de esas partículas en un espacio y tiempo determinado. La causa de ese movimiento era la propia agitación molecular, una tesis basada en que las propias moléculas empujan a las partículas en direcciones aleatorias en medio de la dispersión. Infirió que el desplazamiento medio de una partícula es proporcional al tiempo de la observación, a partir de la consideración de la temperatura y de un factor de resistencia que aumenta con la viscosidad del medio y el tamaño de la partícula. Precisamente eso, y nada más que eso, era la ciudad de Zaragoza. Porque al fenómeno físico de la niebla y de la lluvia en suspensión, se yuxtaponía como un ensalmo la nieve en polvo pardo del desierto monegrino, y en esa fusión de partículas líquidas y el polvo ocre del páramo aragonés, se hallaba razón y cuenta del paisaje, la organización y la personalidad de ese pueblo. Porque los aragoneses se baten distraídamente en una lucha sin cuartel, buscando su espacio y medida, como moléculas descuidadas, y resisten en su propio medio el ataque externo como héroes y, en cambio, se autoconsumen y enviscan en el peor sarcoma posible que es la envidia. Einstein, sin intención ni alevosía, había descubierto que sus teorías podían tener derivadas sociológicas, y no era una cuestión menor, ya que el comportamiento de las moléculas era y es lo más parecido al comportamiento de los hombres.

Einstein fue admirando los pináculos y las espadañas de las iglesias, las cerámicas vidriadas de palacios y catedrales, las arquerías y los yesos almohades, que toda Zaragoza era un ladrillo terroso cara vista, como si la tierra misma quisiera responder al atrevimiento del hombre por haber construido esa ciudad en ese desierto castaño, que respiraba

viento y agua. Y como ciudad laboriosa, recta y disciplinada, alineaba los ladrillos al sol, sobre una mampostería de piedra, erecta o tendida, según los usos del arquitecto. En la posición de los ladrillos, disponían las piezas como teselas y jugaban ocasionalmente con filigranas, madera fina en los aleros y azulejos. En fachadas cortas y largas, arcos, dinteles y enjutas formaban los paramentos, con lóbulos historiados en aquellos edificios que se inspiraban en el modernismo procedente del este de la equidistancia. Pudo apreciar el físico cómo se levantaban las primeras piedras del edificio de Correos en el Paseo de la Independencia, y deleitarse comprobando que el ladrillo argamasaba en celosías mudéjares.

Abstraído en estas meditaciones estaba Einstein cuando llegó a la puerta de la Facultad de Medicina, donde un Paraninfo repleto le esperaba para impartir su primera conferencia. En el momento de acceder al vestíbulo artesonado del edificio, escuchó el brío bruñido de las campanadas de la Seo, tres badajos unísonos repicando ribera arriba, ribera abajo. De ordinario, como ese lunes, el primer tiempo bandeaba «el Miguelico» con una cuerda que enroscaba y desenroscaba el maestro campanero; al segundo tiempo, el badajo golpeaba sincrónicamente el medio pie de la campana que daba a la calle de la Pabostría, movida a medio bando por el campanero hasta dejarla pingada sobre su yugo; y, al tercer tiempo, repicaba «la Valera», para lo que el diestro tañedor de bronces hacía uso de sus dos pies. Eran las seis de la tarde.

Lo primero que sorprendió a Einstein fue la presencia de bellas señoritas y damas engalanadas en las primeras filas del Paraninfo, y acertó a pensar que, no era mísera casualidad, la palabra Paraninfo procedía de dos voces griegas que significan «al lado de» y «novia». La admisión a la conferencia era pública, pero como en los espectáculos únicos y sublimes, una vez empezada la función, las puertas se cerraban. Y así fue como la conferencia comenzó ante la atenta mirada

del general Antonio Mayandía, de Ricardo Royo-Villanova, del decano de la Facultad de Medicina, Gonzalo Calamita Álvarez, del secretario general de la Academia de Ciencias de Zaragoza, Manuel Lorenzo Pardo, Antonio de Gregorio Rocasolano y el mismo Jerónimo Vecino, además de un concurrido auditorio que venía a representar lo más aparente y granado de la sociedad. Con el exordio de Lorenzo Pardo leyendo el acta del órgano de gobierno de la Academia por el que se invitaba al ilustre científico a dictar conferencia en la ciudad y nombrarle académico correspondiente de la institución, se dio por iniciado el acto. Fue a continuación Antonio de Gregorio Rocasolano quien hizo entrega del título académico a Einstein, que lo recibió entre cálidos y estrepitosos aplausos. El físico había tomado nota ya de la hospitalidad de esa gente y de la predisposición que mostraban a recibir el legado científico de la relatividad.

Einstein comenzó su conferencia agradeciendo la distinción de la Academia y mostrando su afecto sincero por la recepción de la calurosa bienvenida que había tenido desde que había llegado, dos horas antes, a la ciudad. Y dio paso a su intervención a salto de idioma entre el alemán articulado y el francés desmayado, aspecto este que no pareció importar a la concurrencia, ya fuera porque desconociendo los idiomas utilizados, dieran por suficiente la presencia formidable del científico, ya fuera porque era una sociedad avanzada y poliglota, que bien podría ser un ejemplo de superación y resistencia frente al vernáculo aislamiento español. La voz de Einstein no tenía apenas modulaciones, de un movimiento rectilíneo uniforme, y era esa mesura en la expresión la que como un misterio llevaba a los oyentes que no tenían conocimiento de francés y alemán a decantarse sin matices por la teoría de la relatividad. No podía ser de otro modo pues quien gozaba de ese timbre de voz



y esa parsimonia, no podía andar muy equivocado en sus meditaciones. Un periodista en la sala auscultó al auditorio, con la mordacidad propia del cronista aragonés y contó solo doce personas con conocimiento de idiomas, pero lo que ya no sabía el gacetillero era si de esos doce, había alguno que tuviese conocimiento básico o avanzado de la mecánica de la relatividad, pues era conjunción de dos factores lo que podía conducir indefectiblemente al conocimiento del discurso. Hubo quien hizo escorzo de abandonar la sala pero se encontró con la negativa del ujier que tenía instrucciones inapelables de evitar fugas extemporáneas. Y así Einstein fue desgranando su teoría de la relatividad, mayoritariamente en un francés germanizado, y citó la relatividad filosófica, invocando a personalidades como Galileo, Copérnico, Newton o Kepler. Cerró la intervención agradeciendo nuevamente su presencia al distinguido auditorio y a la Academia las dignidades concedidas, y guardó silencio a la espera del correspondiente aplauso terminal. Tuvieron que pasar cinco segundos incómodos para que el público tuviese conciencia de que el acto había llegado a su fin, y el estruendo inicial se volvió a reproducir, si bien pensaba el científico que no debía preguntarse, a menos que entrase en crisis la teoría misma de la relatividad, si era por el éxito de la disertación o por la constatación de que aquello había terminado.

Una hora después, parte de los caballeros y damas que habían dispuesto sus fuerzas y su tolerancia a soportar una diatriba ininteligible, siquiera fuera por el futuro de la ciencia en España, se congregaron en los salones del consulado alemán, ávidos de poder saludar personalmente a Einstein. Este protocolo de acción social requería el control extremo de Elsa, la esposa del científico, que se esmeraba en hacer de pantalla y espuerta, si se diera el caso, para evitar imperinentes y «parvenus» como decía su marido. A la fiesta acudieron las autoridades civiles y militares que venían acompañando al físico, como un cautivo, desde que unas horas

antes había pisado por primera vez esta ciudad. Familias de rancio abolengo y atribulada inteligencia quisieron darse a conocer ante tan distinguida personalidad, y porfiaron los señores de Bescós y los señores de Castillo por merecer la atención del invitado. En esa porfía, ganó la señorita Castillo que acompañó al piano al científico, quien, para entonces, ya daba cuenta de un violín que le había prestado el cónsul. Asentado el instrumento en la mentonera, la música corrió por la calle del Coso y, como epílogo de tan magna fiesta, se sirvió un cava de honor brindando el cónsul por el matrimonio alemán y el científico por la hermandad y prosperidad de Alemania y España. Era todo cuanto cabía en aquel día tan intenso, en el que la noche había barrido el cielo pardo y había ocultado el ladrillo entre viejas celosías.

A la mañana del día siguiente, y al compás del repique de campanas de todas las iglesias de la ciudad, el matrimonio Einstein visitó la catedral del Salvador, la Lonja, el palacio de la Aljafería y, por supuesto, la Basílica del Pilar, donde les fue mostrado el joyero de la Virgen, ante la mirada atónita del científico que pudo admirar las más de diez mil piedras entre topacios, amatistas y perlas que componían la Corona. Atónito y embelesado estaba con la contemplación de tan soberbia pieza, que no pudo escuchar la anécdota que el deán de la Basílica narraba a su esposa. Tal era la veneración que tenían los aragoneses a la Virgen, que unas semanas atrás, un seminarista con grados de lector y ostiario, investido de la pertinente tonsura, y ataviado con manteo y sombrero de teja, se había escondido en la Basílica para pasar desapercibido antes del cierre de la misma y, de esa forma, adorar en silencio y soledad a la Virgen. El seminarista se llamaba José María Escrivá de Balaguer, para entonces exorcista y acólito, en ciernes el sacerdocio. La esposa de Einstein pensó que no había sido mala idea y calibró, como solo pueden hacerlo las mujeres de los físicos, el tiempo de esa estadía, a Dios y a la Virgen rogando y sintiendo el efecto

de las partículas y de las moléculas tremolar en el interior de las naves.

A pie y en coche, Einstein y su esposa recorrieron la ciudad y sus alrededores, paseando por las huertas, hasta llegar al mediodía donde fueron obsequiados con un copioso banquete en el Casino Mercantil. Además de los dos Fernández que representaban las máximas autoridades civiles en la ciudad y de numerosos miembros de la Academia, ofició de anfitrión Domingo Miral, quien en un perfecto alemán, citó a Fichte al recordar que Alemania había hecho patentes sus derechos ante Dios y ante la Historia. La preocupación por la situación en Alemania no pasaba desapercibida en Zaragoza y en todos los actos e intervenciones del científico estaban presentes las rogativas al Cielo y a Dios todomisericordioso para la salvación de la patria alemana. Para entonces, Einstein con desapego y sincero aprecio, agradeció las atenciones de este bello pueblo, donde había encontrado una expresión más robusta y elocuente de la fisonomía regional de España, mayor si cabe que la que había tenido ocasión de conocer en sus visitas a Madrid y Barcelona.

Gustoso se encontraba Einstein en Zaragoza, donde a cada paso se tropezaba con un vestigio o con una anécdota, y pronto se sintió turbado por la cordialidad y complacencia no solo de sus anfitriones sino de todos los zaragozanos que salían a su paso. Por ello, y deseoso de corresponder a quienes así le agasajaban, quiso que su segunda conferencia fuera, a decir de los oyentes, magistral. Abordó otra vez en el Paraninfo la estructura del espacio, los fundamentos empíricos pero también filosóficos de la Geometría, asomó su teoría de la relatividad, de la identidad de los campos de gravitación y de los campos electromagnéticos. Y todo ello regalado con ecuaciones, trazos y dibujos en una pizarra. Nuevamente el salón de actos enmudeció y asistió impertérrito, como paralizado por un hechizo, a la exhibición del científico cuando asomaba a la pizarra y, con cautela y tino,

iba dibujando barras, números y signos. El silencio era absoluto y sumergía al auditorio en un estado de hipnosis colectiva, dando a entender esa ciencia absoluta a todos a quienes se dirigía. Al igual que el día anterior, le corroía la duda de si el auditorio comprendía su discurso, pero gozaba en ese momento de un éxtasis singular, de una simbiosis exclusiva entre docente y discentes que se antojaba irrepetible. Al acabar, marcando el final con un signo inequívoco para evitar el molesto intervalo del día anterior, el rector Royo-Villanova tomó la palabra y, con tono solemne y despreocupado, pidió al sabio profesor que no borrarse y avalorase con su firma los dibujos hechos en la pizarra durante la conferencia, para que quede algo perenne y constante del paso de Einstein por la Universidad, y sea testimonio para generaciones futuras como reliquias de la fecha en que tuvo lugar el acto. En extremo turbado por la presencia del sabio, el rector expiró su *laudatio* con honda emoción al reconocer que era mejor escuchar su discurso que leer sus libros, porque el contorno de su cabeza de artística cabellera y animada por una mirada tan luminosa, ayudaba a la comprensión. A continuación, un alumno de ciencia espigado y con un conocimiento iniciático de alemán, un tal Sanz, hizo entrega al científico de una colecta hecha entre la simpática y siempre altruista masa escolar, con destino a mitigar la penuria de sus hermanos de las universidades alemanas.

Al día siguiente, Einstein abandonó definitivamente Zaragoza y España, rumbo a Francia, no sin antes disfrutar de un efímero convite en el hotel con el pianista Emil von Sauer y diferentes miembros de la Academia. Como colofón del almuerzo, irrumpió en la sala una rondalla, con dos niñas baturras, vistiendo saya a rayas y enaguas de generoso vuelo y vistoso aldar, y como un fuego comenzaron a bailar la jota y a cantarla, bravías e inconscientes del momento que estaban protagonizando. El científico, el físico, el ser especulativo cayó rendido ante tal proeza, y sintió un íntimo

placer al ver tanta belleza encerrada en un círculo de guitarras, bandurrias y laúdes, a un ritmo de tres por cuatro. Abandonado a la suerte de tan espléndida contemplación, estampó un beso paternal en la frente de una de las cantadoras, y tomándola de los brazos, la sostuvo en su regazo un tiempo ya inmemorial que un fotógrafo dejó inmortalizado. Cuando atravesaba la frontera francesa, quiso condensar todos los recuerdos de su viaje por España, a sabiendas de que la situación en Alemania podría complicarse e impedir en el futuro un nuevo viaje a estas tierras. Y como la velocidad de la luz cambia no debido a la movilidad del éter, sino según cada campo gravitatorio, pensó que el mundo se descomponía en múltiples campos y así las partículas se desplazaban a velocidades diferentes según la densidad de cada medio. Así, y no de otro modo, eran los hombres. Atravesaba la frontera el científico con la emoción en ascuas y el corazón en un palpito convulso, cuando reparó que cumplía ese día cuarenta y cuatro años. Y por un momento tomó conciencia de que durante ese viaje nadie le había recordado su condición de judío suizo, como tampoco nadie le había reconocido como reichsdeutscher. Alemán, a lo sumo, soltó una sonrisa sardónica y le susurró a su esposa que por unos días nada había sido relativo.

